

mismo tiempo, la Inquisición de Lisboa había enviado al Brasil á uno de sus más terribles ministros, y éste «iba prendiendo muchos judíos y judaizantes escapados de Portugal», los cuales huían así que les era posible hacia el mismo destino, considerando las riberas del Plata como un lugar de salvación.

Las autoridades inquisitoriales de Buenos Aires estaban alarmadas al ver que «el diablo traía á esta mala gente, que va poblando y casándose en este puerto y dos gobernaciones». Don Francisco Trejo, en carta á la Inquisición de Lima, añadía después de las citadas palabras: «Tenemos por cierto la venida de mucha gente huída, judíos de España y del Brasil, quienes entran y salen de este puerto, y como son portugueses se encubren los unos á los otros». Sólo en Abril de 1619 entraron en el puerto de Buenos Aires ocho navíos cargados de judíos que huían del Brasil. Otros, según un autor, «pagaban fuertes sumas á los castellanos para ser traídos entre sus criados».

Por suerte de los fugitivos, la Inquisición de Buenos Aires no era de las más celosas ni se distinguió con tremendas hazañas. El ambiente de la ciudad fué de tolerancia desde los primeros tiempos. Sólo se pensaba en los negocios, y todo el que llegaba era bien recibido. Tanto es así, que «el párroco iba de noche á la cárcel, donde muchos (judíos) estaban presos, y á pesar de las protestas del comisario de la Inquisición, desposábalos con hijas de la ciudad». Los fugitivos, para evitarse persecuciones, buscaban el adquirir por dinero ó por el matrimonio la calidad de vecinos. Tal fué la invasión «de aquella peste», como decía el comisario del Santo Oficio, que este funcionario llegó á proponer á sus superiores de la Inquisición de Lima «escribir al Rey para que éste ordenara al gobernador que en lo referente á los portugueses dejase ejercer libremente su ministerio al Santo Oficio, relativamente á visitas de los navíos y entradas y salidas del puerto». Pero en la misma gente de la Iglesia encontraban protección los fugitivos, bien por habilidad personal, bien por dinero. Se escondían en los conventos, y según una carta al Tribunal de Lima, «se apoderaban del comercio, se insinuaban en la campaña y se hacían esposos de las mejores mozas».

Su influencia sobre el comercio se hacía sentir á los pocos años. «Poseían mucho dinero y lo untaban todo con él. Los corrillos de la plaza eran suyos, y de tal modo se habían señoreado del trato de la mercancía, que desde el brocate al sayal, y desde el diamante al cansino, todo corría por sus manos. . . Desde el más vil negro de Guinea hasta la perla más preciosa, todo era suyo. . . El castellano que no tenía por compañero de negocio al portugués (ó sea al judío), le hacían no tener negocio bueno.» Estas lamentaciones y otras eran escritas al Tribunal de Lima ante la creciente invasión de los judíos. En 1636 eran tantos, que el fiscal de la Audiencia de Charcas escribía al mismo Rey quejándose de que «hubiese aquí innumerables hebreos que han entrado y de nuevo entran por mayor crecimiento». . . «Todos ó casi todos son propietarios — dice un documento de la época —; tienen casas de su vivienda y chacra poblada. . . Todos ó casi todos están casados con criollas, hijas y nietas de conquistadores, castellanas de nación, y poseen estancias con mucho ganado. El caudal de cada uno no baja de dos mil cabezas de vacuno, quinientas ovejas y buenos campos, y son fecundos como ninguna otra raza, pues casi todos alcanzan á cuatro y hasta siete hijos, machos y hembras.» Eran en el campo ganaderos y agricultores, y en la ciudad plateros, herreros, carpinteros y calafates.

En aquella población cosmopolita, modesta, económica, tenaz para el trabajo y pronta á toda clase de negocios, el hebreo encontraba un ambiente propicio para sus múltiples actividades. Así se explica que se asimilara tan rápidamente al país, confundándose con el primitivo vecindario y deslizándose entre los dedos del inquisidor. Algunas de las condiciones características de la ciudad tal vez proceden de este origen.

No todo fueron dichas en la primera vida colonial de Buenos Aires. El contrabando resultaba en extremo difícil al encargarse del gobierno un funcionario de carácter rígido. Entonces la ciudad vivía en la pobreza. Época hubo — según un autor — en que escaseaban hasta los tenedores para llevarse la comida á la boca, y las sillas de baqueta crujían en sus mal asentados pies. La necesidad de sustentarse y las ideas de aquel tiempo, no dificultaban con escrúpulos humanitarios el comercio de Buenos Aires. El negocio era el negocio. Se embarcaban pieles, sebos y demás productos del país en buques contrabandistas, después de haber arrojado éstos en la playa un buen cargamento de negros, que se almacenaban encadenados en la ciudad. Luego de marcarlos, como hoy se hace con los rebaños de la pampa, se sacaban á pública licitación. Este comercio duró hasta 1750. Veinte años antes, todavía se veían miles de negros depositados en el Retiro.

El cambio de despojos animales y de personas vivas, fué el principal comercio de aquella pequeña ciudad, una de las más pobres y olvidadas de la América de entonces. Otras poblaciones de la actual Argentina, Córdoba, Tucumán y Salta, por ejemplo, sobrepujaban en mucho á la que es hoy la capital, y que hasta la creación del virreinato se mantuvo como un oscuro villorrio. Tenía, según un viejo autor, «más pantanos que calles; sus únicos edificios eran la Recoba, el Fuerte y el Cabildo, antiestéticos y pobres aun para la época en que fueron construídos, y toda ella estaba mal nivelada y peor empedrada, con aceras estrechas de ladrillo. A poco andar ya se encontraba uno con los cercos de pitas, y muy pronto con la pampa.»

* * *

El «estanciero» reemplazó al «encomendero» al expirar la concesión de las encomiendas. Equivalía á lo mismo. El estanciero fué durante siglos el señor omnipotente del campo, como lo había sido su antecesor en los primeros tiempos de la conquista. La ley no le daba derechos sobre las personas, pero él se los arrogó valido de la fuerza, siendo casi un barón feudal en sus dominios inmensos. La lucha y el peligro moldearon su alma, endureciéndola.

Vivir en el campo desde el siglo xvii hasta mediados del xix, equivalió á vivir en continua actividad belicosa. Los estancieros eran soldados en perpetuo servicio activo, y su existencia una campaña interminable. De aquí la facilidad con que después de la Independencia abandonaron el pastoreo para convertirse en soldados, interviniendo al frente de sus peones en las contiendas civiles.

El mismo pastoreo, ocupación plácida y tranquila en otras naciones, tomaba en la pampa un carácter trágico. Había que luchar con el animal casi salvaje, con el gaucho ladrón, con el indio feroz de los «malones.» Al toro, embravecido por la soledad, había que cansarlo y voltearlo con tremendas *pechadas* del caballo, que muchas veces cubrían de sangre al jinete y su montura. A los cuatreros había que perseguirlos con la lanza, trabándose fieros combates entre ladrones y propietarios. Al indio había que salirle al paso, cortando el «malón» con una descomunal batalla, al resplandor de los incendios y entre alaridos de muerte.

La pampa tenía un aspecto salvaje. Hasta los animales domésticos, al vivir errantes en la soledad, convertíanse en fieras. Uno de los mayores peligros era el de los perros «cimarrones», multiplicados prodigiosamente y tan carnívoros é implacables como el tigre. Tal era su número, que llegaron á atacar las poblaciones, avanzando hasta las afueras de Buenos Aires. El gobernador tuvo que hacer salir varias veces á las tropas en su persecución, y sólo terminó esta guerra de exterminio cuando los soldados se negaron á continuarla, cansados de las burlas de los chicuelos de la ciudad, que les llamaban á gritos «¡mata perros!»

Vivían en cuevas que abrían ellos mismos con sus zarpas, ó aprovechaban para guarecerse los subterráneos de las vizcachas. La caza al perro cimarrón y el boleó de los avestruces, tan abundantes en la pampa, eran las diversiones favoritas del estanciero. Cuando no quería ir lejos y deseaba solazarse en los alrededores de su estancia, montaba á caballo con otros amigos y juntos comenzaban á correr, arrojándose unos sobre otros con tremendas *pechadas* de los corceles, que hacían retemblar sus costillares, rodando ensangrentados por el suelo. Otras veces galopaban en la llanura, socavada por las profundas vizcacheras, y reían como de un suceso gracioso cuando, abriéndose un hoyo, caía el caballo en él, desarzonando al jinete. El tirano Rosas, en la época que comenzaba á ser todopoderoso en Buenos Aires, gustaba por las mañanas de salir con Facundo Quiroga y otros caudillos no menos duros y excelentes jinetes á dar un paseo por las afueras, haciendo chocar sus caballos y rodando por el suelo con brutales encontronazos.

El estanciero, que hacía de su existencia una continua pelea, amaba el contrabando. Su placer era pasar el alijo á viva fuerza, aterrando al empleado público. Cuando no había buque á la vista, entreteníase en su estancia con toda clase de diversiones ecuestres, «*cinchadas*, carreras, *corridas del pato* y grandes boleadas de avestruces». Era un hombre siempre á caballo. Bastaba la noticia de la aparición de algunos indios en su propiedad, para que, requiriendo la lanza, emprendiese un galope de muchas leguas, jadeante de placer y de entusiasmo. El cazador de perros feroces y de avestruces amaba aún más cazar el hombre.

Este señor de la pampa, alejado de la ciudad, donde tenía parientes, poseedor de un apellido del tiempo de la conquista y rudo y fiero como los gauchos que vivían cerca de él, gozaba de toda clase de prestigios políticos y aun religiosos. Era el jefe de banda en tiempo de guerra, el juez de paz en época ordinaria, y hasta administraba el *agua del socorro* en los bautizos *in extremis*. Todas las personas dependían de él: peones, esclavos, niños y mujeres. Todo era suyo: las tierras, las casas, las bestias. Imposible vivir y moverse en el campo sin tropezar con el poder infinito del estanciero.

La vida campestre resultaba de una sencillez primitiva. Todo era según el antiguo refrán español: «*Á la buena de Dios, que es grande*». La alimentación ruda, pero abundante y sana, hallábase al alcance de todos. La carne era algo de propiedad común, como el aire y el sol. Matábanse las reses para utilizar únicamente los cueros y el sebo, dejando el resto á los caranchos y otras aves de presa. El terreno ocupado en aquellos tiempos por la ganadería tenía una extensión de 42.000 leguas cuadradas. Azara, que lo visitó, habla con asombro de la enormidad de los rebaños casi salvajes que pastaban en él. La falta de exportación y el reducido número de los consumidores favorecían extraordinariamente este desarrollo. Hubo época en que fué tan grande el número de vacas, caballos y yeguas diseminados en la llanura, «que resultaba necesario espantar las manadas de los caminos para poder transitar por ellos». Cierta año, según cuentan, quedó abandonada en el campo la carne de 600.000 animales. Los ladrones degollaban miles de reses aprovechando lo enorme de los dominios, que hacía difícil la vigilancia, y vendían los cueros á los contrabandistas. Muchas veces la matanza de animales no tenía otro objeto que apoderarse de su grasa para las operaciones culinarias. En Buenos Aires los vecinos, cuando faltaba manteca en sus cocinas, enviaban los peones á los campos cercanos para matar reses sin dueño.

En la campiña, la alimentación era esencialmente carnívora. El enorme cuarto de vaca, y muchas veces la res entera, colgando sobre el rescoldo al extremo de un palo, dorábase chirriando su grasa. Cuando estaba en punto, los rudos jinetes, tirando de sus facones, cortaban lonjas, devorándolas en pie ó sin descender de los caballos. Apenas se conocía el pan. La



LA VIDA EN LA PAMPA. UNA MOZA OFRECIENDO EL «MATE» Á UN GAUCHO «GUITARRERO»

parte vegetal de la alimentación eran las *fuentadas* de *mazamorra* y de *locro*, platos de maíz que también gozaban de gran favor en la ciudad, siendo el principal adorno de las mesas criollas.

La tierra era de fácil adquisición. Por esta misma facilidad, muchos se olvidaban ó prescindían de solicitarla, estableciéndose con su lanza y su caballo allí donde se sentían atraídos por el capricho ó la conveniencia. Bastaba abonar á la Tesorería del Rey 30 ó 50 pesos (gastos simples de la denuncia), para ser declarado propietario de muchas leguas de terreno, con toda clase de títulos. La propiedad resultaba absurda en fuerza de ser enorme. Un estanciero podía galopar semanas enteras sin salir de sus dominios, y cuando juntaba los ganados, desfilaban ante él en un solo rodeo 25.000 vacas.

El gaucho, igual en condiciones y gustos al estanciero, pero sin fortuna, sin casa, llevando una vida de aventuras en la soledad de la pampa, encontraba toda clase de facilidades para su existencia. Jamás la naturaleza, en estado salvaje, ha mantenido con tanta generosidad al hombre parasitario. Los ganados *alzados* ó sin dueño, que todos consideraban de propiedad común y eran infinitos, proporcionábanle con exceso toda la carne que pudiera menester. Cuando necesitaba dinero, no tenía más que echar el lazo á las reses semisalvajes, ponerles su marca, domesticarlas á medias y venderlas en las ciudades ó los embarcaderos.

Si tenía una ofensa que vengar, contaba con su cuchillo ó con las bolas arrojadas. Si necesitaba mujer, tomábala en cualquier rancho, pues las hembras de la pampa sabían que era su destino seguir al primer gaucho que las solicitase, siempre que fuera valiente. En el pajonal encontraba huevos en abundancia y pájaros que se dejaban aprisionar: á la entrada de las vizcacheras había leña amontonada: la paja y el junco de las lagunas servíanle para armar un rancho, á toda prisa, antes que llegase la noche.

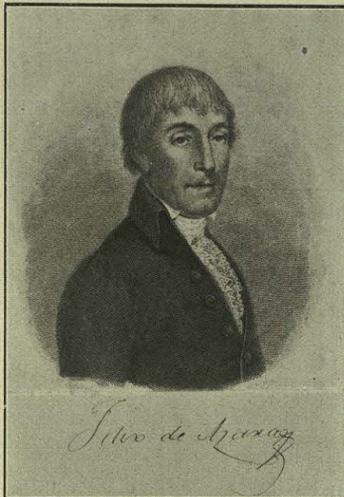
La seducción de esta vida de salvaje libertad, sirvió para formar hombres prematuramente. Los muchachos emancipábanse de sus padres antes de tiempo, y huían de la choza familiar para ser independientes en la pampa y deberlo todo á su propio esfuerzo. La vida tranquila del hogar estable, la tierra escriturada y defendida por la ley, no eran para estos vagabundos, amantes del derecho sustentado con el facón, y partidarios de un comunismo gobernado por los más fuertes. «La noción de la tierra *en pedazos* no cupo jamás en su cabeza».

* * *

El ilustre marino D. Félix de Azara, que vivió en el siglo XVIII, durante veinte años, en el Río de la Plata y estudió de cerca sus costumbres, hizo una descripción muy pintoresca é interesante de los habitantes de las llanuras.

«Los españoles campesinos — dice, usando la palabra «español» como sinónima de «blanco» — se dividen en agricultores y pastores ó estancieros. Éstos dicen á aquéllos que son unos mentecatos, pues si se hicieran pastores vivirían sin trabajar y sin necesidad de comer pasto como los caballos, porque así llaman ellos á la ensalada, legumbres y hortalizas. En efecto, sólo cultivan la tierra los que no pueden proporcionarse ganados para ser estancieros ó no encuentran otro medio de vivir. Los agricultores se distinguen de los pastores en que sus casas están más aseadas y más cerca unas de otras, con mejores muebles, y en que sus vestidos son mejores también. Saben hacer sus guisados de carne y de vegetales y comen pan, cosas que son poco conocidas entre los pastores. Calculo en 18 millones de cabezas el ganado vacuno y en 3 millones el caballar, con bastantes ovejas. No incluyo en esto dos millones de ganado vacuno silvestre ni las innumerables yeguas alzadas ó sin dueño.

»En las casas pastoriles es general no haber más muebles que un barril para llevar agua, un cuerno para beberla, asadores de palo para la carne y una chocolatera



DON FÉLIX DE AZARA (1) (Retrato de la primera edición de sus obras).

(1) Don Félix de Azara fué el primer sabio europeo que visitó y describió los países del Río de la Plata. Enviado por el Gobierno español para poner en ejecución el Tratado de San Ildefonso, marcando los límites entre España y Portugal en sus posesiones sud-americanas, permaneció Azara, de 1781 á 1801, en los diversos territorios del Río de la Plata levantando mapas, explorando el país y escribiendo sus famosos libros, que le valieron la amistad entusiasta de Buffon y otros sabios, y el elogio de la Academia de Francia. Azara murió en 1811 en Barbuñales, pueblo de Aragón, donde había nacido. Su hermano Don José Nicolás de Azara fué el diplomático más notable que tuvo España en aquellos tiempos, y gran amigo de Napoleón durante el Directorio y el Consulado. Don Félix de Azara asistió como marino é ingeniero á la expedición de Argel (1775), donde recibió una herida grave.

para calentar el agua del mate. Para hacer caldo á un enfermo he visto poner pedacitos de carne en un cuerno y rodearle de rescoldo hasta que hervía. No es común tener alguna olla y plato grande, ni tampoco silla ó banquillo, porque se sientan sobre sus talones ó sobre una calavera de vaca. Comúnmente duermen en el suelo sobre una piel, aunque otros arman una cama, que se reduce á un bastidor hecho de cuatro palos, atado á cuatro estacas ó pies, con una piel encima, sin colchón ni sábanas ni almohada. No comen sino carne asada en un palo, y para esto no suelen esperar hora, ni unos á otros, ni beben hasta haber comido. Entonces, no teniendo mesa, mantel ni servilleta, se limpian la boca con el mango del cuchillo y en seguida éste y los dedos en las botas. No gustan de las aves y poco de la ternera; aun de la vaca apenas comen sino las costillas, la entrepierna y lo que llaman *matambre*, que es la carne que cubre el vientre. El resto lo arrojan, atrayendo á las

cercanías de la casa muchos pájaros. Esta gran corrupción engendra infinitas moscas y mal olor.

»Muchos suelen no tener camisas ni calzones; pero no les falta nunca el poncho, sombrero, calzoncillos blancos y el chiripá, que es un pedazo de jerga atada á los riñones, que les llega á las rodillas. Llevan también botas de medio pie, sacadas de una pieza de la piel de las piernas de potros ó terneras, sirviéndoles la corva para talón. Nunca tienen ropa de remuda, y cuando llueve suelen muchos poner la puesta bajo de la piel en que van montados, y acabada el agua se la ponen enjuta. Si llueve y quieren comer en el campo, entre dos extienden un poncho y otro hace fuego y asa la carne debajo. Llevan la barba bastante larga, porque ellos mismos se afeitan, muchas veces, con el cuchillo. Sus mujeres tampoco tienen ropa de remuda. Se la quitan, la lavan y tienden al sol, y una vez enjuta, vuelven con ella puesta del río á su casa. Sus ocupaciones son, por lo común, barrer, hacer fuego para asar la carne y calentar el agua para tomar el mate, sin hilar nunca ni coser.

»Apenas nace un niño entre los campestres, le toma su padre ó hermano y le lleva delante á caballo por el campo, hasta que llora y le vuelve para que le den de mamar. Esto dura hasta que pueden dejarle ir solo en un caballo viejo. Así se crían, y como no oyen reloj, ni ven medida ni regla en nada, sino largos ríos, desiertos y pocos hombres, casi desnudos, corriendo á caballo tras de fieras y toros, les imitan, sin apetecer la sociedad de las ciudades ni conocer



GAUCHO SACANDO EL «TIENTO» (Tiras delgadas de cuero que emplea para coser, como si fuesen hilo).